

VASOS DE MADERA Y VASOS CERAMICOS: UN PROBABLE ORIGEN ROMANO DE CIERTAS FORMAS EN LAS VAJILLAS DE MADERA DE LA TORNERIA TRADICIONAL

MIGUEL A. DE BLAS CORTINA*

Al madrileño Eugenio Salazar de Alarcón (nacido en 1530), una de las personalidades de la carrera judicial en tiempos de Felipe II y también uno de los más notables escritores de aquel reinado, se le debe una original descripción de los modos de vida en la localidad de Tormaleo, en el valle del río Ibias. Tormaleo es hoy al igual que en la segunda mitad del siglo XVI una aldea humilde, localizada en el remoto y abigarrado espacio montañoso de la Asturias suroccidental. Llega Salazar a tan modesta población, de «hasta diez casas», señala, con el cargo de juez pesquisador, una comisión poco grata para un hombre que procedente de la capital del imperio se encuentra en uno de los lugares más pobres y atrasados de España. Como desahogo de situación tan penosa redacta la carta que dirige al licenciado Guedeja, fiscal en la Real Audiencia de Galicia. El escrito es un verdadero monumento a la hipérbole, de un humor afilado y lleno de imágenes que recrean una realidad que al autor se le hace difícilmente soportable.

Por su intención descriptiva nos resulta hoy la carta un breve y valioso apunte etnográfico que analiza desde la vivienda a las formas de alimentación de «tan desatinada ciudad y gente». Precisamente su descripción de las casas redondas, de techo vegetal e insulanas en las que están «hombres, los puercos y los bueyes, todos pro indiviso» atrajo la atención de los arqueólogos, etnógrafos e historiadores de la Antigüedad viendo en ellas una perduración de las formas de habitación establecidas ya en los poblados castreños, inmediatos o contemporáneos a la romanización, y como nexos entre aquéllas y ciertas arquitecturas rurales llegadas hasta nuestros días (como simple ejemplo véase F. Krügger, 1940 y Caro Baroja, 1977).

En los apuntes sobre la conducta de aquellas gentes destaca el que «comen y beben en platos y escudillas de palo por no comer y beber en platos de Talavera, ni vidrio de Venecia, que dicen que es sucio y que se haze de varro (sic)».

Esa ausencia de productos alfareros que tanto choca a Salazar no es, desde luego, una característica exclusiva de este aislado enclave, ni de su época, sino un fenómeno en diferente medida generalizado en Europa con incidencia considerable a lo largo de los siglos. La persistencia del uso de recipientes de madera en la comar-

* Dpto. de Historia. Universidad de Oviedo.

ca de Ibias era debidamente anotada en 1927 por el etnolingüista alemán F. Krüger dando cuenta de ella un cuarto de siglo más tarde. Recoge en su estudio este autor distintos aspectos del trabajo de la madera torneada como reflejo de una tradición artesanal antigua generalizada en todo el continente, perdida ya en nuestro siglo y que como un extraordinario relicto cultural se conservaba aún en el primer cuarto del XX en la retirada comarca asturiana. Rastrea la documentación sobre el arte del torneado señalándolo en textos provenzales del siglo XIV y también en la misma centuria en el Dauphiné y en el Jura; lo más trascendente de su aportación es, sin embargo, la descripción de la técnica artesanal, la presentación del medio en que operan los «conqueiros o fabricantes de cuencos y una sumaria tipología de la variedad de artículos producidos por aquellos, sin olvidar la circunstancia de que tales mercancías eran vendidas a otros habitantes del propio valle, a los vecinos de León y a los de otras zonas de Asturias (Krüger, 1952).

La realidad de ese mercado era mucho más amplia ya que, como apuntaría posteriormente A. Graña, «lo más notable de los cunqueiros de Ibias es su dedicación casi exclusiva al oficio, así como sus largas rutas estacionales trabajando por todo el occidente de Asturias y gran parte de España y desplazándose durante muchos meses del año por Castilla, Extremadura y Andalucía». Viajaban agrupados en cuadrillas que simultáneamente cortaban la madera, torneaban los cacharros y los vendían (Graña, 1985).

Esa especialidad no era exclusiva de los asturianos suroccidentales ni de los gallegos, sus competidores de los últimos tiempos. Siglos atrás la tornería de la madera estaba muy generalizada y el propio Graña recoge las observaciones de Torres Balbás sobre la frecuencia de la vajilla de madera en la España medieval, tanto en la cristiana como en la islámica (Torres Balbás, 1982). En efecto, la frecuencia de los recipientes lígneos en el siglo XIV era tal que en los banquetes oficiales de la Corona aragonesa se usaban mayoritariamente los llamados vasos de *fust* combinados con las vajillas de plata blanca y dorada. En los minuciosos repertorios documentales que de dichas celebraciones medievales se conservan está ausente, pese a lo que se pudiera esperar, la loza (Olivar Daydí, 1950, 12-13).

La atribución rutinaria de los recipientes de madera a un entorno rural, periférico y pastoril, olvida pues la extensión de una técnica y una materia tan ricas en posibilidades al ámbito urbano, y no precisamente como simple expresión de atraso. Retrocediendo en el tiempo, ya en época romana lo frecuente de las alusiones a recipientes en madera nos deja entrever que en el espacio mediterráneo, desde la antigüedad y en las ciudades eran conocidos y utilizados en usos múltiples (Balil, 1980).

A estas referencias escritas podrían sumarse otras, sin duda innumerables, pero un buen apoyo proviene en esta ocasión del registro arqueológico, documentando la importancia de las vajillas de madera torneada en el siglo X.

Las excepcionales condiciones del asentamiento medieval de Collétière, en el lago de Paladrú, 40 kilómetros al NO de Grenoble, en una cubeta al pie del macizo prealpino de la Chartreuse, lo confirman.

Fue La Colletière un asentamiento sobre una antigua terraza del lago, posteriormente invadida por las aguas de modo que el yacimiento arqueológico actual se conserva bajo una capa de agua de 2 a 6 metros. La cronología del poblado fue esta-

blecida por el C 14 (825 ± 160), las mediciones dendrocronológicas (939-968) y por los hallazgos monetarios (1000-1040). En términos generales la fundación del lugar se produciría hacia el 950 manteniéndose no más de un siglo, si bien de la precisión dendrocronológica se induce una ocupación que no habría durado más de 40 años (R. y M. Colardelle, 1980).

Las enseñanzas de este yacimiento excepcional son múltiples, en particular porque prueban la importancia de la madera, tan razonable en numerosos lugares, que representa más del 60% del conjunto de los objetos inventariados. Destacan entre los artículos leñosos una serie muy precisa de escudillas, platos, cuencos, etc., hechos con un torno de rotación continua. Estas artesanías de madera ofrecen unas similitudes con los objetos tradicionales del mundo rural francés que los autores de su estudio califican de sorprendente (Colardelle, 1980), pero que a nosotros se nos presenta como expresiva de la vigencia, a través de los siglos, no sólo de técnicas más antiguas, sino también de la perpetuación de formas adquiridas, repetidas e imitadas a partir de modelos prestigiados muy anteriores.

El contraste que ofrecen los productos alfareros de la Colletiere con los recipientes de madera aparecidos en el mismo contexto es tan notable que parecen dos universos formales muy distintos, probablemente justificados tanto por empleos diferenciados de los vasos en una y otra materia como por la que, como veremos más adelante, imaginamos ascendencia independiente de los mismos. Ese marcado contraste entre barro y madera, acaso entre recipientes para usos diversos y la vajilla para la comida (los segundos) tratamos de hacerlo gráfico mediante la confrontación tipológica que pudimos elaborar sobre la documentación aportada por los investigadores franceses (fig. 1). El enorme interés, además, de esta situación dual es que corresponde a un repertorio arqueológico contemporáneo y debido exclusivamente a la actividad, como máximo, de dos o tres generaciones.

Esa acusada distancia entre la tipología de los productos alfareros y la de los recipientes de madera guarda simetría con situaciones similares muy antiguas; es el mismo contraste, por ejemplo, que se da en el yacimiento lacustre de Horgen, filiado en la cultura neolítica alpina de Egozswil, donde se apunta la exclusividad de los recipientes de madera como vajilla de mesa, entendidos como mejores o más gratos, dejándose el barro para la coción de los alimentos (Winiger, 1981, 198). Por otra parte, el doble discurso técnico y material, vasos de arcilla-vasos de madera ofrece, de nuevo, en el ámbito alpino occidental, y en el medio cultural neolítico conocido como Cortaillod, una llamativa síntesis: las cerámicas decoradas con corteza de abedul (Pétrequin y Voruz 1982), buena prueba de las conexiones y complicidades en la historia de ambas calidades de recipientes.

Los vasos de madera de Collétière cuentan a su vez con algunos paralelos idénticos provenientes asimismo de hábitats medievales de Alemania como Magdebourg, Lübeck o Haus Meer, hecho que, valorando el carácter corruptible de tales artículos y su infrecuente conservación, pone de relieve la universalidad de las formas torneadas, la persistencia, pese a la distancia geográfica, de una misma morfología en los recipientes; algo que no debería atribuirse, sin más, a la casualidad y que, por el contrario, nos hace considerar un fuerte grado de parentesco a partir de antepasados comunes.

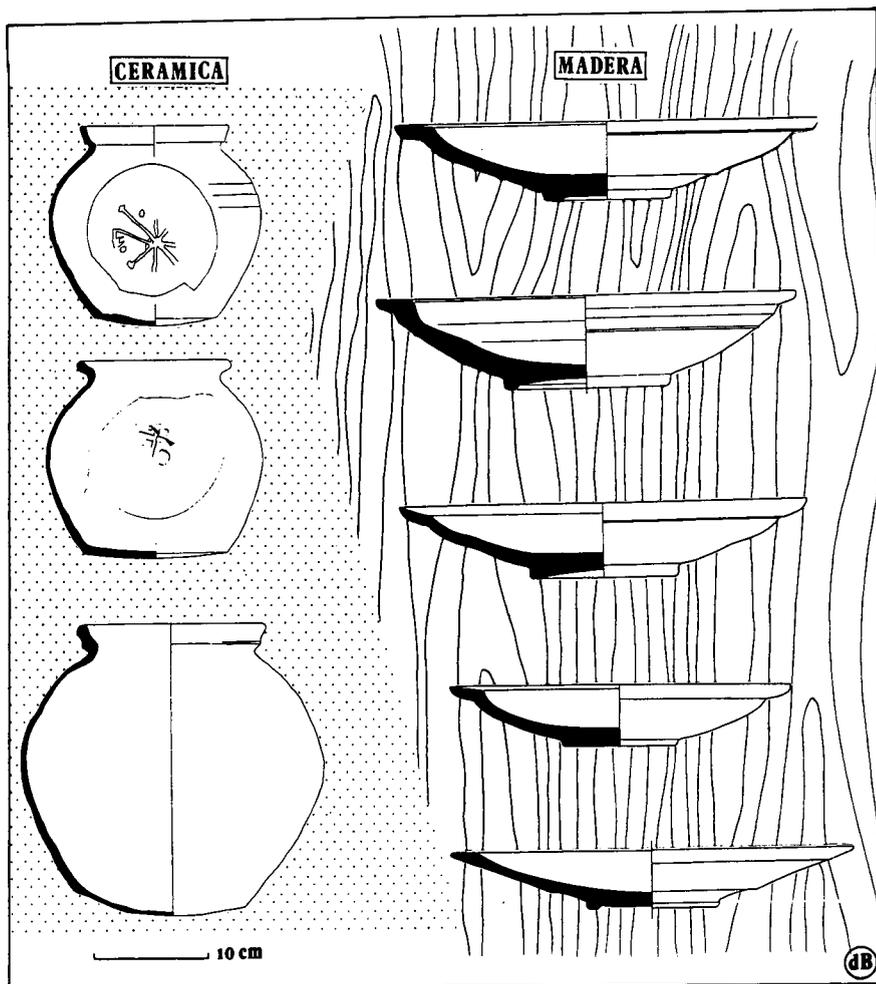


Fig. 1. Contraste de formas entre los recipientes cerámicos (usos diversos) y los de madera (vasos para comer) en el yacimiento altomedieval de Colletière, en el lago de Paladrú (Elaborado a partir de R. y M. Collardelle, 1980).

Las formas de los platos o escudillas del comentado yacimiento medieval prealpino nos trajeron a la memoria los «concos» de Ibias y también algunas ocurrencias sobre una hipotética ascendencia de estos últimos, sugerencias dejadas entonces para su desarrollo en mejor ocasión, nacidas con la aparición del minucioso estudio de A. Graña, ya aludido.

Entre otros méritos, como el de enfrentarse a un acontecimiento prácticamente desaparecido cuando se realiza la indagación, reúne dicho estudio una serie amplia de formas de la vajilla tradicional de madera, analizadas y representadas gráfica-

mente las piezas conocidas con el rigor establecido en la construcción de las tipologías arqueológicas (Graña, 1985, 39-49).

Entre las formas abiertas del catálogo están la «conca» (n.º 4), el «prato llano» (n.º 5), los «prats» para tomar miel (n.º 6), el «prato hondo» (n.º 7) y la «bacica» o fuente (n.º 8).

Su contemplación nos recordó de manera inmediata los perfiles característicos de productos alfareros remontables a la época romana.

La búsqueda de analogías en esa dirección*, partiendo siempre en éstos y en los demás casos del hecho de que sería poco razonable encontrar situaciones de semejanza absoluta, nos lleva a considerar la proximidad morfológica de nuestros platos de madera con las formas de Terra Sigillata Hispánica Dragendorff 15/17 y 18, vasos, como es sabido, de época altoimperial y fechados en la segunda mitad del siglo I y en el II d. C. (Mayet 1984, I, 70-71 y II, LVII-LX). Se observan comprensibles diferencias en las bases, que en los recipientes de madera son casi siempre macizas; no está presente, además, la ligera moldura interna de las aludidas sigillatas y algunas particularidades en las primeras radican también en la libertad del artesano para enriquecer o adornar un modelo que se viene repitiendo por tradición desde tiempo inmemo-

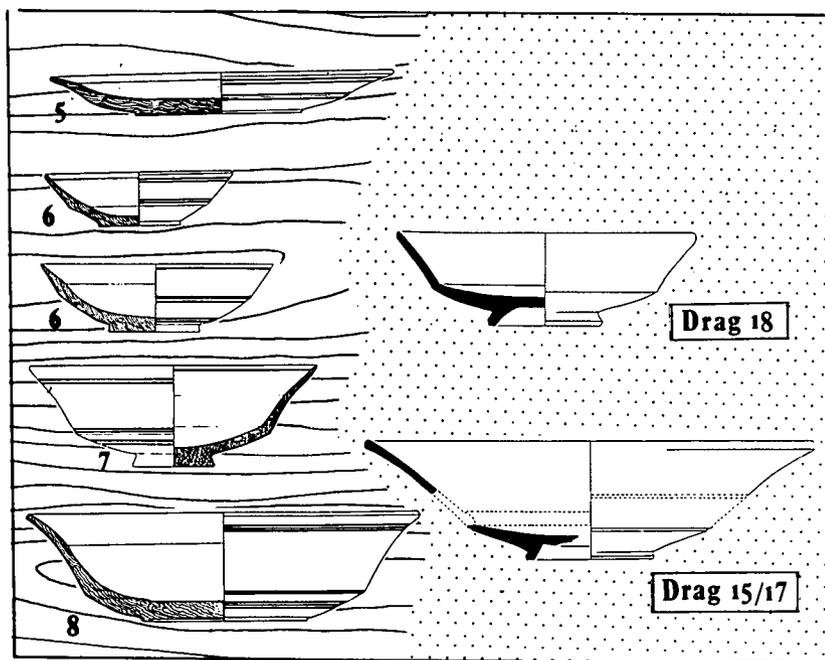


Fig. 2. Formas abiertas de la tornería tradicional de Ibias, Asturias, y su contraste con tras de la Terra Sigillata Hispánica.

* Debemos a nuestra amiga y antigua discípula Otilia Requejo Pagés su ayuda inestimable en la indagación sobre la cerámicas romanas, un trabajo siempre arduo para quien normalmente toma poco contacto con ellas.

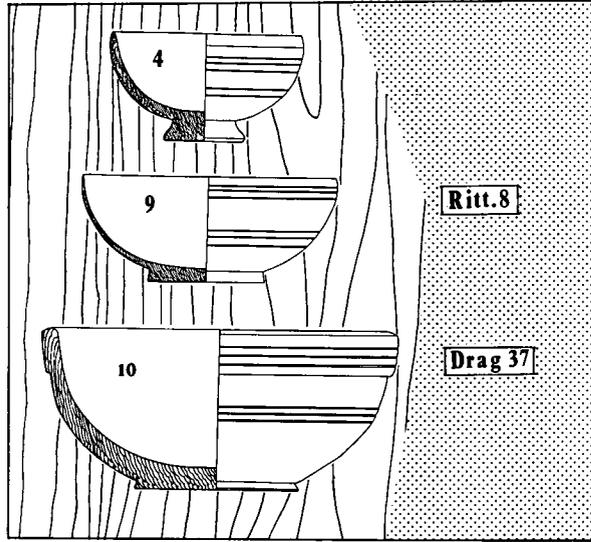


Fig. 3.

rial. Como documento expresivo de esta comentada cercanía tipológica se recogen en la fig. 2 los recipientes de madera enumerados y dos de las formas romanas aludidas.

Entre los cuencos, la llamada «conca» para las papas o el caldo, el «cacho» para beber vino y la «arameña» (Graña, n.º 4, 9 y 10, respectivamente) se asemejan a los cuencos de panza curva lisa, sin labio y pie bajo, modelos derivados de tipos metálicos que se integran en la forma Ritterling 8 de T.S.H. lisa (fig. 3), productos de época altoimperial (Mayet, 1984, I, 70). En cuanto a la llamada «arameña», con su borde almendrado se aproxima más específicamente a algunas formas de Dragendorff 37 (fig. 3). Por su parte, las «concas» del concejo de Allande (Graña,

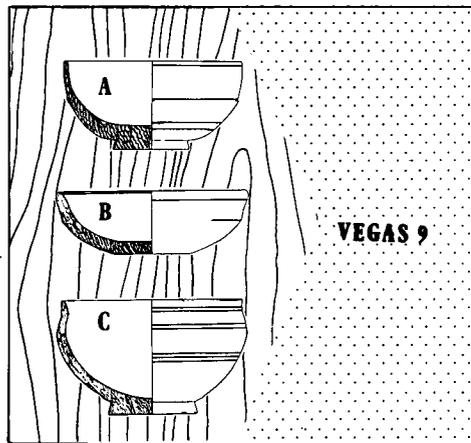


Fig. 4.

fig. 23 A, B y C) presentando un perfil carenado encuentran su analogía en la cerámica común tardorromana: vasos de panza igualmente neta o ligeramente carenada y con frecuencia decorada con estrías (Fig. 4), según se define en el tipo 9 de Vegas (1973, 35 y 36).

Si bien son las antedichas las formas más habituales y tradicionales de la vajilla en madera, las similitudes formales que venimos apuntando se producen igualmente en otras también de madera, aunque menos comunes: así ciertos cubiletes u otros recipientes muy abiertos como las «vulvideiras», las «trilladeiras», etc. Otros modelos como algunas copas de pie alto y vasos parecen, por el contrario, fruto de imitaciones de artículos recientes.

Es una tendencia común la imitación en madera de recipientes que en un momento dado gozan de cierto éxito como ocurre con los de cristal que se difunden en particular a partir de mediados del XIX; pero tales, en los que se ejercita la libertad creativa del artesano, son productos ajenos a un repertorio tradicional en el que sólo episódicamente surgirían esas formas extrañas.

Llamativamente, además, las formas características en madera torneada que recogemos mantienen formalmente su independencia con respecto a los productos cerámicos elaborados por la alfarería tradicional, tanto en el ámbito geográfico que consideramos (Feito, 1985), como en otras regiones más o menos próximas y en las que los «conqueiros», según vimos más atrás, tenían incluso su mercado y donde pudieran haberse provisto de una inspiración renovadora. No tienen mucho que ver sus creaciones, por ejemplo, con lo que tradicionalmente y durante siglos se producía en ambas mesetas (p.e. Seseña, 1975 y 1976), incluso en alfares tan prolíficos y con una difusión extensa y popularizada de sus fabricaciones como los de Talavera o de Puente del Arzobispo (Martínez Caviro, 1984).

¿Cabría aceptar, en consecuencia, como un ascendiente posible, y desde luego antiguo, para la tornería señalada, aquellas formas de cerámica romana que gozaron de tanto prestigio y popularidad?

Los tipos romanos que anotábamos como paralelos verosímiles son en muchos casos producciones hispánicas del Alto Imperio que como las Drag. 15/17 y 18 se hacían en los talleres riojanos de Tritium Magallum, cerámicas que por otra parte están bien documentadas en los yacimientos romanos regionales (Lugo de Llanera, Gijón, etc.). Los cuencos carenados a su vez se localizan tanto en villae como en castros de Asturias, mientras que los carentes de panzas aquilladas son frecuentes no sólo en los aludidos alfares riojanos, sino en otros del norte peninsular.

Tal vez la imitación ya antigua de cerámicas muy difundidas, como las romanas, tuviera lugar en regiones donde el uso de la madera para la fabricación de recipientes contaba con un fuerte arraigo y donde, además, las necesidades domésticas podían ser atendidas de forma inmediata y a un bajo costo. Esta conducta haría comprensible la afinidad formal que se produce no sólo entre los concos gallegos y asturianos, si no entre estos y otros de España y de toda Europa (Graña, 1985, 34).

Como señalábamos más atrás, buena parte de los recipientes considerados componen la vajilla de mesa que existía sin conflicto con los productos alfareros destinados a otros fines entre los cuales está la propia preparación al fuego de los alimentos.

De nuevo, el ejemplo del asentamiento altomedieval de Collètiere resulta ilustrativo con sus platos de madera a los que no se les puede negar el parentesco en sus formas con sigillatas gálicas de época tardía, como la forma 2 de las conocidas por «couples á marli», dentro de las grandes fuentes extendidas por todo el mediterráneo entre los siglos IV y V (Rigoir, 1968, pl. IV), y bien documentadas en el cuadrante suroriental francés. Las analogías entre las escudillas de madera de la estación medieval francesa y otras europeas insiste en una estimable universalidad de formas y de usos específicos que bien pudiera provenir de la similitud de los modelos tomados como referencia, modelos que en este caso, como en otros tantos, hacen que la mirada vuelta hacia la tradición romana pueda aportar una verosímil explicación.

El uso de vasos de madera no fue ajeno, como anotábamos más atrás, al mundo romano. Del mismo nos hablan Catón : «cupam a ulmea aut faginea facito» (*Agr.* 21, 5), y Plinio: «quae abieti pulcherrima, piceae ad fissiles scandulas cupasque et pauca alia secamenta» (*Naturalis Historia*, 16, 42), referencias debidamente recogidas en el *Thesaurus*.

Con respecto a nuestro propio ámbito, el de los montañeses que habitan el lado septentrional de Iberia, en palabras de Estrabón (3,7), era común el empleo de «vasos labrados de madera, como los celtas» (3,7) (Cfr: García y Bellido, 1968, 120 y 122).

Ciertamente, cuenta la cita de Estrabón con un notable contraste arqueológico ya que la llegada hasta la actualidad de recipientes de madera es, pese a su corruptibilidad, relativamente numerosa en la arqueología protohistórica europea, aunque no en Hispania donde, sin embargo, y en dos de las regiones septentrionales, hallamos sendos y raros ejemplos. En uno, se trata de los siete fragmentos de un vaso de madera descubierto, hace casi medio siglo, en trozos y carbonizado, en el nivel IV del castro gallego de Cameixa (López Cuevillas y Lorenzo Fernández, 1986, 290 y 21); en el restante, lo descubierto en el enclave romano de Iulióbriga. En la campaña de 1956 fue excavado en esa estación cántabra un pozo o aljibe de 5,10 m. de profundidad, colmatado de barro, agua y restos materiales diversos, dominando en su presencia tanto las cerámicas comunes romanas como la terra sigillata. En un medio tan adecuado para la preservación de materia orgánica fueron hallados los restos de tres vasijas de madera. Pese a su estado fragmentario, los excavadores señalaban que uno de talés vasos pudiera ser una versión en madera de ciertas vasijas indígenas semejantes a las de Numancia; otro, al parecer una especie de cubilete, sería un recipiente que tanto en su materia como en su forma subsistió «con distintas variantes entre los pueblos montañeses de cultura pastoril». De tan informativos y excepcionales vasos cántabros, labrados a cuchillo según los autores de su hallazgo (García y Bellido et alii, 1956), no tenemos noticias posteriores que hubieran aportado, en un pertinente y detallado análisis, una valiosísima información sobre las técnicas de trabajo de la madera en el mundo romanoindígena de las regiones norteñas de Iberia.

Un cierto valor ilustrativo sobre la variedad de tipos y funciones de los recipientes leñosos lo proporcionan por su parte las cubetas, gamellas y artesas de madera provenientes de las minas romanas de Riotinto, Aljustrel o Escandia Grande, algunas de las cuales habrían servido como bateas para concentrar el mineral de oro o más sencillamente como meros platos (Domergue 1990, 127).

La apuntada confirmación arqueológica del testimonio de Estrabón referido a

los celtas no se reduciría sólo a los célebres calderos labrados en madera y guarnecidos con planchas de bronce que aparecen como ajuar en algunas ricas tumbas de época tardía como la luxemburguesa de Goeblingen-Nospelt, fechada a fines del siglo I a. de C. (Metzler, 1991, 521) o, mostrando la similitud de los desarrollos culturales célticos a ambas orillas del Canal de la Mancha, en el yacimiento también funerario de Aylesford, Inglaterra, de la misma cronología (Mathieson Stead, 1991, 539). Es sobre todo patente en el hallazgo frecuente de utensilios que como el escoflo o la gubia permiten considerar la generalización de la madera torneada durante la llamada Segunda Edad del Hierro (Sievers et alii, 1991, 436).

Como mejor garantía de ese recurso material y técnico constan las escudillas, cuencos y platos, una verdadera vajilla de madera tallada a torno, del siglo III a. de C., procedente de la estación de La Tène, a orillas del lago de Neuchatel, cumpliendo tal hallazgo, con otros muchos objetos y estructuras de la misma materia, con la sugerencia de que la segunda Edad del Hierro fue en gran medida una verdadera «edad de la madera» (Egloff, 1991, 371). La aplicación de la tornería a los trabajos en madera contaba por entonces en la Europa clásica con algunos siglos de antigüedad, presente ya el propio torno, aunque arcaico, en la iconografía griega del siglo VI a. de C. (Daumas, dir., 1982, 510), o documentado igualmente su uso en ciertos trabajos metálicos de época hallstättica (Drescher, 1980).

Desconocemos si los recipientes que vieran los informantes de Estrabón se obtenían mediante la técnica sumaria del vaciado de la madera o si, como anotábamos en otras culturas prelatinas europeas, la madera torneada era ya aplicada en la España prerromana. Al menos un probable torno horizontal impulsado de forma discontinua, un viejo modelo europeo que coincide con los utilizados todavía en nuestro siglo por los recordados conqueiros (fig. 5), fue verosimilmente conocido desde el Bronce Final. Esa realidad de la talla por rotación se concreta, tal como nos señala recientemente B. Ambruster, en la compleja elaboración de ciertas joyas como los brazaletes de oro del tipo denominado Villena-Estremoz (Ambruster, 1993).

¿Podría entonces negárseles habilidades sobre la madera a quienes, varios siglos antes de nuestra Era, demostraban su extraordinario dominio técnico torneando un material tan duro como el oro?

Es así justo reconocer, como señalara Krüger, en el de la tornería uno de los viejos oficios de Europa, vivo en algunas comarcas del N.O. peninsular hasta hace solamente algunos decenios, manteniéndose junto al mismo no sólo una forma de fabricación y uso de recipientes; también quizá formas y modelos cuya inspiración en la alfarería pudiera remontarse al universo tardorromano y a algunas de sus producciones más características.

El peso de los recipientes de madera en el equipamiento humano de todas las épocas, y en particular en las regiones donde el bosque constituía un destacado dominio vegetal, debe ser una de las razones, no la única, de la escasez de los hallazgos cerámicos en determinadas culturas, particularmente prehistóricas, como ya señaláramos en otras ocasiones para el concreto caso de Asturias. Lamentablemente, en la investigación arqueológica las explicaciones de determinadas ausencias debidas a la ley implacable de la degradación de la materia permiten, en las mejores circunstancias, señalar los vacíos y, sólo excepcionalmente, atisbar la naturaleza de aquello que en número y diversidad nunca llegará hasta nosotros.

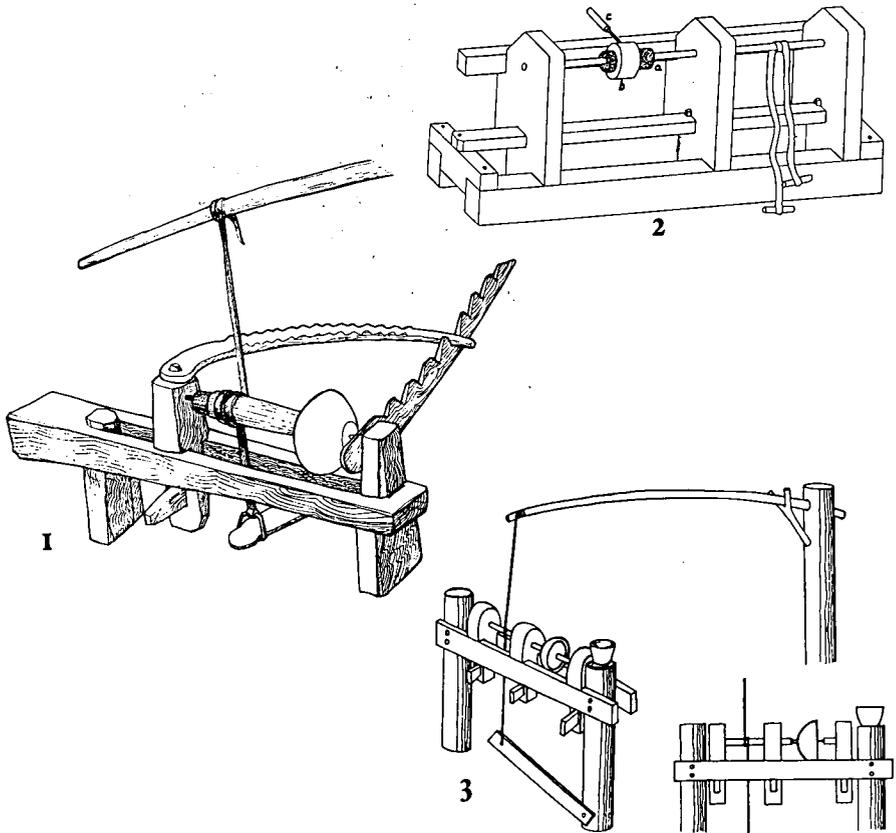


Fig. 5. Torno de conqueiro de Ibias, SO. de Asturias (1), similar a los más antiguos modelos europeos (3) y a un tipo prehistórico recreado por Reim (2) [Según, respectivamente, Graña, 1985; Ambruster, 1993 y Hodges, 1976].

BIBLIOGRAFIA

- AMBRUSTER, B. R., 1993, «Instruments rotatifs dans l'orfèvrerie de l'Âge du Bronze de la Péninsule Ibérique. Nouvelles connaissances sur la technique des brazalets du type Villena/Estremoz», en *1.º Congreso de Arqueología Peninsular*. Actas I. Porto. Sociedade Portuguesa de Antropología e Etnología, 265-279.
- BALIL, A. 1980, «Sobre el uso de vasijas de madera en el mundo romano», en *Gallaecia*, 6. Universidad de Santiago de Compostela, 257-258.
- CARO BAROJA, J., 1977, *Los pueblos del norte*, 3.ª ed., Ed. Txertoa. San Sebastián.
- Cartas de EUGENIO DE SALAZAR... «Carta al licenciado Agustín de Guedeja, entonces Relator del Consejo y de la Cámara de Su Majestad, y agora su Fiscal en la Real Audiencia de Galicia, en que se describe la villa de Tormaleo, que es en el concejo de Ibias, de las quatro sacadas de Asturias; y se trata de la gente della», en *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 62. Madrid, 1965, 303-305.

- COLARDELLE, R. y M., 1980, «Habitat médiéval immergé de Colletière, Charavines (Isère). Premier bilan des fouilles», en *Archéologie Médiévale*, Tome X. Caen. Centre de Recherches Archéologiques Médiévales, 167-269.
- DAUMAS, M. (dir.), 1982, *Les origines de la civilisation technique*. P.U.F. Tome I, 210.
- DOMERGUE, C., 1990, *Les mines de la Péninsule Ibérique dan Antiquité romaine*. Pub. de l'École Française en Rome.
- DRESCHER, H., 1980, «Zur Technik der Hallstattzeit.», en *Die Hallstatkultur, Frühform europäischer Einheit*. Steyr, 54-66.
- EGLOFF, M., 1991, «L'artisanat celtique d'après les trouvailles de la Tène», en *Les Celtes*. Venezia. Palazzo Grassi, 369-371.
- FEITO, J. M., 1985, *Cerámica tradicional asturiana*. Madrid.
- HODGES, H., 1976, *Artifacst. An introduction to early materials and technology*. New Jersey/London.
- GARCIA y BELLIDO, A; FERNANDEZ DE AVILES, A; MONTEAGUDO, L. y VIGIL, M., 1956, «Excavaciones en Iulióbriga y exploraciones en Cantabria», en *Archivo Español de Arqueología*, XXIX, n.º 93-94, 149-165.
- GRANA, A., 1985, *La tornería en el occidente asturiano*. Pub. del Museo Etnográfico de Grandas de Salime. N.º 2.
- KRÜGER, F., 1940, «Las Brañas. Ein Beitrag zur Geschichte des Rundbauten im asturisch-galizisch-portugiesischen Raum», en *Actas e Comunicações do Congresso Nacional de Ciências da População, II*, Lisboa, 239-292 (versión castellana en *Bol. Inst. Est. Ast.*, VIII, 1949, 41-94).
- 1952, «La tornería, supervivencia asturiana de un antiguo oficio europeo», en *Estudios dedicados a D. Ramón Menéndez Pidal*, Vol. III, 109-123.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. y LORENZO FERNANDEZ, X., 1986, *Castro de Cameixa. Campañas de 1944-46*. Arqueoloxía/Memorias. Xunta de Galicia.
- MARTINEZ CAVIRO, B., 1984, *Cerámica de Talavera*. Col. Artes y Artistas. C.S.I.C., Madrid.
- MATHIESON STEAD, I., 1991, «Les peuples belges de la Tamise», en *Les Celtes*. Venezia, 591-595.
- MAYET, F., 1984, *Les céramiques sigillées hispaniques*. Publications du Centre Pierre Paris. Paris
- METZLER, J., 1991, «Les tombes aristocratiques de Goeblingen Nospelt», en *Les Celtes*. Venecia, 520-521.
- OLIVAR DAYDI, M., 1950, *La vajilla de madera y la cerámica de uso en Valencia y en Cataluña durante el siglo XIV (según los inventarios de la época)*. Anejo n.º 2 de *Anales del Centro de Cultura Valenciana*. C.S.I.C., Valencia.
- PETREQUIN, P. y VORUZ, J-L., 1982, «Clairvaux et les céramiques Cortailod décorées a l'écorce de bouleau», en *Bulletin de la Société Préhistorique Française*. Tome 79, n.º 10-12, 383-398.
- RIGOIR, J., 1968, «Les sigillées paléochrétiennes grises et orangées», en *Gallia*, XXVI, 177-224.
- SESEÑA, N., 1975, *La cerámica popular en Castilla la Nueva*. Madrid. Ed. Nacional.
- 1976, *Barros y Lozas de España*. Ed. Prensa española.
- SIEVERS, S., PLEINER, R., VENCLOVA, N. y GEILENBRUGE, V., 1991, «L'artisanat», en *Les Celtes*. 436-450.
- Thesaurus Linguae Latinae*. Vol. VIII. M., MCMXXXVI-MCMLXVI.
- TORRES BALBAS, L., 1982, «Vajilla de madera y vajilla de barro en los siglos XIV y XV», en *Obras dispersas I, Al Andalus. Crónica de la España musulmana*. Madrid, 368-371.
- VEGAS, M., 1973, *Cerámica común romana del Mediterráneo*. Publicaciones Eventuales, n.º 22. Universidad de Barcelona.
- WINIGER, J., 1981, «Jungsteinzeitliche Gefassschnitzerei», en *Helvetia Archaeologica*, 12, 45/48, 189-198.